

Un viaje en autobús

ISBN #: 978-0-244-95840-4

©Roberto Rumiz. Todos los derechos reservados.

Esperando el autobús sesenta y seis, que recorría toda la zona de los barrios bajos, ya hacía tiempo que estaba parado apoyado en este poste. El viento se aceleraba y los remolinos de hojas estaban por todos lados. Se estaba retirando el día y la noche a empujones quería cubrir todo, y con la noche vienen las desgracias y los cuentos de terror, las ánimas salen de sus tumbas y las visiones se juntan con las sombras para tenernos en guardia y mirar por encima de nuestros hombros esperando lo peor.

En la parada conmigo estaba una chica que no tenía más de veinte años y un viejito que casi no se podía poner derecho. También tenía ese bastón que usaría para no caerse o protegerse de un gamberro que lo molestara. El autobús ya se aproximaba y con sus luces dejaba ver una calle llena de agujeros y rajaduras que parecía que en cualquier momento se abriría y mandaría al autobús con todos sus pasajeros al mismísimo infierno. Faltaban un par de metros para que llegara a la parada y ya el viejito intentaba pararse, después de varios intentos y ayudándose con el bastón lo logró, con un poco de tembleque que parecía que en cualquier momento se caería pero no lo hizo. La chica también se paró más rápido por supuesto, y acomodó unos libros o carpetas que llevaba en las manos.

Yo estaba recostado en el travesaño derecho. Lo único que hice fue ponerme derecho, pero quedé en el mismo lugar. El autobús llegó y frenó delante nuestro, abrió la puerta con un sonido espacial y empezamos a subir, primero subió el viejito

que tardó lo suyo, la chica y luego yo. Corriendo y levantando la mano subió el cuarto pasajero que parecía un trabajador de la construcción. Al terminar de subir todos, pagar y retirar el papelito de la maquina nos sentamos en donde pudimos. El autobús estaba medio lleno o medio vacío, a gusto del consumidor. Al empezar el recorrido todo parecía normal, hasta que dobló la esquina y todo cambió. Las luces de dentro cambiaron de tono a un color rojizo, el autobús entró en un túnel en donde lo único que se veía eran las luces que marcaban el camino. Dentro del autobús ya no había nadie, ni la chica, ni el viejito, ni el cuarto pasajero. De pronto el autobús paró y se abrió la puerta. Se vio subir un sombrero, y el sombrero lo llevaba un hombre que también llevaba una bufanda que le rodeaba toda la boca, y sólo le dejaba ver los ojos, unos ojos negros que demostraban sufrimiento y dolor. Pagó su billete y se sentó detrás del conductor. Al salir del túnel el autobús entró como en un cementerio o algo parecido, había tumbas por doquier y parecía no tener fin. Las tumbas o las lápidas parecía que tenían muchísimos años por su forma y color. No podía dejar de verlas, parecía algo hipnótico, parecía que de las tumbas salían como espectros que traspasaban el granito de la lápida. Miré hacia el otro lado: más lápidas y la misma operación, espectros saliendo de sus tumbas. El hombre del sombrero y la bufanda seguía allí sentado sin moverse y el autobús seguía su camino. Cerré los ojos por un momento pensando que al abrirlos todo cambiaría y volvería a la normalidad, pero al abrirlos todo cambió sin volver a la normalidad. El autobús estaba lleno, pero lleno de zombis, zombis, muertos vivientes que sólo querían comer cerebros, o no.

Algunos parecía que no hacía mucho tiempo habían sido gente normal, pero otros parecía que llevaban décadas en esas condiciones, con sus cuerpos en putrefacción y sus ropas rasgadas. Algunos estaban casi desnudos sólo con los pantalones. El hedor se hacía inaguantable y ya empezaba a darme arcadas, quería bajarme, aunque no sabía dónde estaba. ¿Pero y si me atacaban? Parecía que hasta ese momento no se habían dado cuenta de que yo estaba allí, y eso por un lado me tranquilizaba, pero no me quería mover. Había un problema, la naturaleza empezaba a llamar y yo no la quería atender, el autobús seguía parando y subiendo gente. Bueno era una forma de decir, eran gente pero muerta por el aspecto que tenían, no todos estaban en estado de putrefacción pero daban miedo. Esos ojos o mejor dicho esas cuencas vacías, que no miraban a ningún lado y por el contrario en ellas se veía todo un mar de desilusión y martirio. El autobús seguía su camino, el camino que parecía que llevaba a otra dimensión o al purgatorio. El camino y las vistas cambiaron, parecía que estábamos en el bosque, un bosque frondoso de tantos árboles que no dejaban pasar los rayos de la luna que daban un poco de luz. El autobús paró y se abrió la puerta, no parecía que subiera nadie, pero de repente, dos niñas mellizas con los vestidos largos y manchados de sangre subieron agarradas de la mano cantando una canción que no llegué a reconocer. Las niñas no pagaron, pero creo que así iba. Las niñas se sentaron juntas y siguieron cantando. El autobús cerró su puerta y se puso en marcha de nuevo. Al seguir recorriendo la ruta, o ese camino siniestro, se detuvo de nuevo y otra vez se abrió la puerta y en esta ocasión entró una señora mayor, que

después de pagar su boleto y darse vuelta para caminar por el pasillo hasta encontrar su asiento, miró al fondo y me pareció que me vio y me fijó los ojos. Pensé que en ese momento me delataría y todos se darían vuelta y me matarían, pero no pasó eso. Me miró, se quedó unos segundos mirándome fijo, y como esas fotos que están en los hospitales, cruzó su dedo en sus labios (SHHHHZZZZZ). La miré, bajó la vista y se sentó en el asiento detrás de las niñas. El autobús empezó a subir una cuesta, todo cambiaba a mi alrededor, los árboles se transformaban en piedra y lava. Había arboles pero estaban quemados, sólo se les veía algunas ramas y las que tenían estaban dobladas o carbonizadas. El cielo era de un tono rojizo mezclado con vetas blancas. Había una especie de sol, pero tenía un color anaranjado que por cierto no daba luz. La luz o el reflejo que había era por la lava que corría al costado del autobús, que por cierto parecía que en cualquier momento se iba a caer y hundir en esa lava. El autobús hizo su nueva parada y de ese lugar tan siniestro se subió un chico, pero el chico estaba sano, no tenía nada que destacar, un niño normal, pero el calor, el calor era sofocante, empezaba a transpirar y hasta empezaba a sentirme olor a transpiración. El niño que subió en ese lugar estaba fresco como una lechuga, pero yo me estaba asando y casi me estaba quedando ya sin aire. En ese lugar solo subió ese chico, vestido con un traje que lo hacía mayor de lo que era. La piel blanca como la leche, pero los ojos, los ojos le brillaban y parecía que le salían como destellos, destellos de esos ojos purpuras. Tenía cara de bebé, pero la expresión era de maldad y rencor. Se sentó al lado de la anciana y ella ni lo miró, lo cierto

era que nadie se miraba, parecía una regla de oro, no mirarse entre sí. El autobús arrancó y siguió su camino. El camino de lava y piedras se iba transformando en algo más apagado y sin tanto calor, la lava se transformó en agua y las piedras en una especie de hiedra, esa que se pega a las paredes. Cada vez había más luz, y ya se notaba más el camino por donde íbamos, la carretera se hacía más amplia, pero seguíamos en ese camino custodiado por el agua y la hiedra en las paredes.

Cuando todo se aclaraba más, noté que el camino era como si subiéramos por una montaña, ¿pero el agua? ¿De dónde venía? Subíamos cada vez más y ya se empezaba a notar frío. El frío venía de la altura de la montaña y de los copos de nieve que ya se veían en la enredadera. Lo verde empezó a desaparecer dejando más lugar a la nieve y por supuesto al frío. Se notaba como el frío empezaba a quedarse en el autobús, parecía el pasajero que faltaba, primero el calor sofocante y luego el frío que te calaba los huesos. El verde había desaparecido y sólo existía el blanco, un blanco tan brillante que me hacía cerrar los ojos de a ratos. Aunque pensaba que el autobús no iba a parar, me equivocaba, paró y aunque no lo creyera subieron dos hombrecitos que parecían el famoso pie grande, pero estos parecían pie pequeño. Estaban todos cubiertos de pelos, un pelo fino y blanco, sólo se le veían la nariz y las orejas, para no verlas, parecían de duendes. Lo único que después de pagar no se sentaron en un asiento, se sentaron en el pasillo uno detrás del otro y el de atrás le ponía las manos en los hombros al de adelante.

Después de un tiempo doblando y doblando la montaña como queriendo enroscarla, el autobús giró la última curva y llegó a la cumbre. Era un espacio grandísimo. Abrió las puertas y todos empezaron a bajarse, los pequeños pie grande fueron los primeros, las niñas y el del sombrero los siguieron y cuando la abuela estaba bajando miró para donde estaba yo y me hizo un gesto con la mano como cuando uno quiere decir, ESTAS MUERTO. En un momento miré para todos lados y no sabía si tenía que pararme y salir, pero al mirar a mi derecha vi un hombre que no sabía que estaba allí. Sacó un cuchillo de la gabardina negra que llevaba y al ponérmelo en la garganta sentí correr la sangre caliente de mi interior. Me agarró con la otra mano el hombro y me empujó para que me pare. Yo no quería pararme y salir del autobús, no sabía dónde estaba y lo que me iban a hacer cuando estuviera abajo. El de la gabardina seguía empujándome y queriendo que me levantara. Me apretó más el cuchillo en la garganta hasta que me corto la respiración. Cerré los ojos y traté de gritar, y abrí los ojos. Vi al conductor del autobús con cara de asombro, que me decía que ya habíamos llegado a la terminal, que me tenía que bajar. Miré a mi alrededor y no había nadie. Estaba yo solo, y el conductor que tenía la mano en mi hombro. Miré hacia fuera y era todo normal, no había nieve, ni fuego, ni mutantes, ni zombis. Me levanté de mi asiento dándome cuenta que tenía los pantalones mojados.

Qué vergüenza, todo había sido un sueño.